

**Más rápido, más alto, más fuerte.**

Jackeline De Barros

*A Santiago*

*Citius, altius, fortius.*

Barón Pierre de Cobertín

Copyright © 2012 Jackeline De Barros  
<http://leerenpositivo.blogspot.com>

Copyright portada © 2012 Miguel Cerro  
[www.miguelcerro.com](http://www.miguelcerro.com)

All rights reserved.

ISBN 978-84-615-7546-6

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

1

**Pedro el afortunado**

Frente al parque de la Fuente de los Patos, cerca de la parada del autobús que va hacia el centro, hay una casa apretada entre dos edificios de cinco pisos. Es muy fácil dar con ella; es estrecha, blanca, tiene dos ventanas azules y una puerta más ancha de lo normal. Ésa, es mi casa. Se identifica a primera vista porque ya no quedan casas en el barrio, sólo edificios con cientos de ventanas todas iguales.

La casa tiene un patio en la parte de atrás en el que mis hermanos y yo practicamos baloncesto desde que somos pequeñitos. Ahora tengo que cerrar la ventana porque me parece que va a llover y a mi madre no le gusta que se le mojen los muebles; y como mientras os estaba contando lo de la casa el cielo se llenó de nubes grises y se levantó viento, seguro que llueve. Y si llueve y la ventana de la sala está abierta, entran las gotas y se mojan los sillones y también la mesita, que al principio a mí no me gustaba pero a mi madre sí, porque decía que era muy útil. “No sé para qué será útil una mesa que no se puede usar porque *se ensucia*”, pensaba, pero mira por dónde, después de mucho tiempo tengo que darle la razón a mi madre.

La mesa es bajita, rectangular y de una madera negra tan brillante que parece un espejo llamada *laca*. Me acuerdo del nombre de la madera porque el día que la compramos, cuando el vendedor se lo dijo a mis padres, yo entendí mal.

-¡Una mesa de caca! - repetí, convencido de que mi madre se había vuelto loca al querer una mesa tan asquerosa en casa.

-De laca. LA-CA - me corrigió papá muerto de risa mientras yo miraba la mesa con cara de bobo.

El vendedor medio ofendido me explicó lo que era la LACA. Además dijo que “Es muy importante tener en la casa un mueble de laca. La gente importante tiene al menos una de éstas en su sala”, y agregó, “Además, Señora, está en oferta”. Así que mamá se la compró, no por lo de la gente importante, sino porque estaba de rebajas y le salió la mitad, creo.

¡Está lloviendo!

Me gusta la lluvia.

Cuando voy de paseo a la casa que tiene mi abuelo en el pueblo, a veces llueve toda la mañana, y por la tarde sale el sol, entonces el aire huele a tierra mojada. Ese olor me encanta. Antes salía con las botas a saltar en los charcos y volvía lleno de barro de pies a cabeza. Si mi madre no estaba, me iba primero a la cocina a beber chocolate y después me daba una ducha caliente; pero si estaba mamá... no había dónde esconderse. Se ponía como loca y me llevaba al baño ella misma para que no pisara el suelo "limpio". Otras veces, mis hermanos y yo entrábamos por la ventana de atrás y no nos veía, pero nos descubría igual porque era imposible no dejar huellas por toda la casa. Últimamente mamá ya no nos regaña, señala el cubo y la fregona y nos hace limpiar el barro a nosotros.

¡Cada vez llueve más fuerte! ¡Qué gozada!

Dice mi abuelo que eso de que me guste la lluvia más que a una rana debe ser porque la noche en que nací también llovía... y esto sí lo quiero contar porque es el principio de lo que viene después.

La noche en que nací caía una lluvia fina y molesta. Hacía calor.

Mi madre estaba muy tranquila contando los minutos entre las contracciones. Una.....otra..... otra más.... y así hasta que fueron tan seguidas, que casi no podía aguantar las ganas de tenerme, así que salió corriendo hacia la clínica; Ya se sabe, cuando las contracciones son muy fuertes, quiere decir que el misterioso individuo que habita dentro de la madre, *ya está viniendo* y a las madres le dan unas ganas locas de que nazca ya... yo no me acuerdo de nada de esto; pero escuché que no salió corriendo sino que la llevó papá en el coche.

Dos horas después de llegar al hospital, nací yo: Pedro. Pedro, el afortunado. Eso dijo mi abuelo, "*se llamará Pedro. **Pedro, el afortunado***". Cuando me cuenta estas cosas abuelo se ríe mientras se agarra la barriga.

En realidad yo no iba a llamarme Pedro ni mucho menos. El nombre que mis padres habían elegido para mí era Torcuato Buenaventura, como mi abuelo. Así mandaba la tradición. No es que mis padres sean muy tradicionales, pero parece ser que cuando una pareja va a tener un hijo, siempre quiere hacer todo a la antigua para dejar contenta a toda la familia. A mis hermanos mayores les

pusieron el nombre de los padres de mi papá que ya murieron y que en paz descansen. (Mi papá tuvo dos padres, uno cuando recién nació y otro cuando tenía ocho años). Por eso papá y mamá pensaron que al abuelo le encantaría saber que su tercer nieto, se llamaría como él. ¡Pues no! Cuando el abuelo se enteró de sus macabras intenciones quedó mudo y con los ojos como platos. Cuando por fin pudo cerrar la boca estaba colorado. Después de unos segundos en el que todos guardaban absoluto silencio, mi abuelo preguntó con voz de trueno:

-¿A quién se le ocurre llamar Torcuato Buenaventura a un niño?

-¡Pero papá...! - intentó decir mi madre, que siempre tiene una explicación para todo.

-Pero papá, nada... ¿Tienes idea de lo que significa crecer con un nombre como *ése*? ¿Y cuando tenga que aprender a escribirlo? ¿Y cuándo quiera echarse una novia?

-No...

-Pues yo sí. (Mi abuelita, que en paz descansa, estuvo un mes para poder escribir el nombre del abuelo en el tronco de un árbol porque no entraba de tan largo que era. Yo creo que no podía porque se moría de risa). No voy a permitir que mi nieto pase por lo mismo que yo. ¡Con la de nombres que hay por ahí! Venga, a buscarle otro nombre al chaval, que con un Torcuato B. en la familia alcanza, y *ése*, soy yo.

Dice que daba gusto ver la cara de pavos que se les quedó a todos, mientras él intentaba disimular la carcajada debajo del bigote.

Y que pensaba en lo afortunado que había sido su nieto, es decir yo, de que él estuviera presente antes de cargar con un nombre tan poco agraciado.

Parece que por un buen rato nadie dijo nada. Todos miraban la cuna donde, yo dormía sin enterarme de nada. Ninguno de los presentes tenía idea de cómo me llamarían, porque nombres había muchos, sí, pero cuando uno los necesita no se le ocurre ninguno.

En eso estaban cuando entró el doctor para ver cómo estaba el recién nacido. Me examinó con atención y felicitó a mis padres porque tenían un bebé muy sanito y fuerte.

Al abuelo, el doctor le cayó simpático y aseguró que tenía pinta de inteligente.

-Diga Doctor, ¿Cómo se llama?

-Ramírez

-No, su apellido no. El nombre.

El doctor resultó llamarse Pedro.

-Es un buen nombre - dijo abuelo -. Significa piedra... y las piedras son fuertes... cuando yo era niño coleccionaba piedras de distintos tamaños, formas y colores. Recuerdo que un día, habíamos ido de excursión hasta el río con mi padre y un hermano suyo, el Tío Fronteriano que medía como dos metros. Era un día frío de invierno y no se podía meter uno al agua si no quería morir congelado. Hacía tanto frío que los peces apenas se movían...

Bueno, cuando el abuelo comienza a hablar no hay quien lo pare. Así que en medio de una de sus interminables historias, el doctor comentó que tenía que seguir la ronda, y que sería un honor que el pequeño, o sea yo, llevase su nombre.

Por fin decidieron que Pedro era un nombre adecuado y entonces mi abuelo calló (que es lo que siempre hace cuando ya se sale con la suya). Me levantó de la cuna y me llevó junto a la ventana.

El sol estaba alto.

Como ya dije antes, yo casi no me acuerdo de nada de aquel día pero lo tengo clarito de tanto escuchárselo repetir al abuelo.

-¿Ves, Pedrito? - me susurró al oído mientras me mostraba el paisaje apretándome contra su pecho - Anoche llovía y hoy ha salido el sol. Es porque tú has nacido, nieto de mi corazón. Mira..., ése de ahí abajo, es el mundo. Es todo tuyo, jovencito. Bienvenido a la familia... ¡Pero qué...! ¡Meón! - rió el abuelo.



Así fue como abuelo y yo nos conocimos y nos volvimos inseparables. Bueno, casi inseparables.

Al principio, cuando era bebé, abuelo empujaba mi cochecito mientras silbaba una canción, mientras me paseaba por el parque de enfrente de casa. Cuando comencé a caminar, me llevaba un rato caminando y otro rodando en un triciclo colorado.

Hace unos años comenzamos a salir a caminar a paso lento, un poco porque a él le molestaban las rodillas, y otro poco, porque me cansaba yo.

Me acuerdo de una tarde en que fuimos de paseo al parque y al regreso comenzó a llover tan fuerte que a los pocos minutos estábamos empapados. Si hay algo que odiaba, era sentir los vaqueros pegados a las piernas y los zapatos haciendo glup. Abuelo al principio frunció el ceño, ante mis protestas, pero entonces asomó por la esquina Doña Alicia, una señora gordita que se pinta los labios de rosa y apenas sonríe; lleva siempre una bolsa de plástico con migas para las palomas. Apenas la vio, abuelo me hizo un guiño y comenzó a dar saltos en la acera y a cantar algo así como “amsinguininderein...” - que es una canción de una película de cuando mi abuelo era joven - y no sólo cantaba, sino que hacía como que se quitaba un sombrero o que tenía paraguas. ¡Es un loco!

No paró de cantar debajo de la lluvia hasta que Doña Alicia lo miró y sonrió.

Cuando llegamos a casa estábamos *hechos un asco*; eso dijo mi madre.

Llevábamos la ropa mojada y los pies llenos de barro. Le gritó al abuelo que era un irresponsable y que “el niño”, o sea yo, podía haber “pescado una pulmonía por su gracia”. El que pescó un resfriado terrible fue mi abuelo que se pasó una semana en casa con la garganta como un serrucho, decía. Esa vez le tocó a él quedarse sin poder salir de la cama y tomando medicina. Apenas si podía hablar.

No le importó mucho; dijo que era un buen momento para descansar.

Desde entonces los días de lluvia está prohibido salir a caminar. No nos preocupamos demasiado. Cambiamos la rutina y aprovechamos para sentarnos en la sala, junto a la ventana.

Abuelo me cuenta historias de las que están en los libros, de las que le sucedieron cuando era joven, y algunas que se inventa para hacerme reír, asustar o pensar. Nos lo pasamos de miedo. Mamá ya no tiene que gritar. No es que mi madre sea muy gritona, sólo a veces grita demasiado, sobre todo cuando dice que *la queremos volver loca y no la dejamos un minuto en paz*. Es que mis hermanos y yo somos tres, más mi papá cuatro, y estamos todo el tiempo, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos llamándola y pidiéndole cosas.

Siempre es la primera en levantarse y yo soy el segundo. Entro en la cocina y espero a que salga la primera tostada para untarla con mantequilla y mermelada de fresas. La pongo en el plato amarillo que dice Lucía.

La cocina huele a café.

Mamá prepara el desayuno de toda la familia.

Mientras mis hermanos y papá se visten, se pelean por el baño y bajan a desayunar, mamá bebe su café con leche y saboreaba la tostada con mantequilla y mermelada que le he preparado. Yo me como la segunda magdalena. Me gusta la cara que pone cuando da el primer mordisco, “esta tostada sabe a cielo”, dice haciéndome un guiño. Yo soy feliz aunque mis hermanos me llamen pelota.

Siempre es igual. Mamá que da el último mordisco, y el resto de la familia que entra en la cocina.

A los pocos minutos queda la mesa *hecha un asco* (eso dice mi madre), y cada cual se marcha a sus tareas: papá a la oficina y los demás al cole.

Miro por la ventana esperando ver aparecer a mi abuelo, que como está jubilado, pasa la mayor parte del día en casa, enseñándome las cosas importantes de la vida: cuidar de las plantas, distinguir entre una nube con forma de gata y otra como un castillo; a hallar el comienzo del arco iris o a descubrir qué personaje falta en un cuento. Eso aparte del paseo, y las prácticas de baloncesto para que aprenda a encestar y pueda jugar con mis hermanos.

Al rato lo veo venir caminando despacito, descubriendo cosas asombrosas en la calle de toda la vida: los colores del kiosco de revistas, una hoja caída

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

